

EDITORIAL

La libertad de la consciencia

Dr. J. L. González de Rivera

Por mucho que nos pretendamos objetivos en nuestras percepciones y libres en nuestra conducta, es obvio que los condicionantes que nos limitan son muy numerosos. Los genes, la educación, el medio ambiente, influyen y matizan nuestras reacciones, dando nuevo sentido al viejo tema de la libertad humana. De todas las imaginables trabas, ninguna me parece tan misteriosa y apasionante como las que se derivan del propio discurrir de nuestros procesos mentales. Para empezar, el sistema nervioso central, en el cual (o con el cual) se producen ideas, emociones y pautas de conducta, impone sus propias limitaciones materiales, de fibras nerviosas, neurotransmisores, y sinapsis. Pero por otra parte, sabemos que cada nueva experiencia modifica el metabolismo neuronal y amplía las conexiones nerviosas, expandiéndolas e imbricándolas. Así, el desarrollo del cerebro está condicionado por los estímulos, sensaciones y frustraciones que le ha tocado vivir, respondiendo a su vez al ambiente según las posibilidades de su complejidad estructural. Según la moderna neurociencia, los detalles de este fenómeno dependen de mecanismos automáticos que actúan independientemente de la consciencia. Esta situación no deja de tener sus ventajas, ya que, como explicaba hace poco Rodríguez Delgado, nuestra vida habitual es posible gracias a pautas automáticas de conducta, que actúan sin necesidad de nuestra atención consciente.

Pero ¿quién dirige todo este programa tan automático y tan servicial? Penfield, descubridor de la sede cerebral de los movimientos voluntarios y de

las sensaciones complejas, describía así las reacciones producidas al estimular ciertas zonas cerebrales en el curso de las intervenciones neuroquirúrgicas: «Según el lugar de la corteza donde se posa el electrodo, los pacientes levantan un brazo, doblan la pierna, silban... Pero lo más asombroso es que, sin cobrar conciencia de la inevitabilidad fisiológica de sus actos, todos insisten en que actúan por su propia y espontánea voluntad». Desde esta observación, Penfield, un cirujano, estuvo preocupado por la búsqueda de una mente transcerebral, sede última de la consciencia. Según él, esta entidad inmaterial sería capaz de utilizar para su expresión los mecanismos cerebrales, pero permaneciendo en última instancia independiente de ellos. (Claro que estas meditaciones, publicadas póstumamente, corresponden al período final de su vida, cuando el sentido de la existencia resulta más importante que el estudio de los procesos que la mantienen).

Desde una perspectiva muy distinta, el antropólogo Jaúregui llega a la conclusión de que las costumbres y juegos que rodean nuestra infancia determinan la formación de rasgos comunes a todos los españoles, que subyacen y apuntan entre las más específicas características regionales. Se me ocurre a mí ahora, de pasada, que uno de estos rasgos podría ser la obsesión con lo idiosincrático y el rechazo de lo que todos tenemos en común. «España es diferente», gustó a muchos como lema, porque, sin que se dieran cuenta, les excitó este esquema, **typical spanish**. Cuando Jaúregui habla de «España entera» puede hacer que se levanten cejas y frunzan ce-

ños, porque afronta descaradamente a la exigencia cultural subconsciente de ser muy distintos y muy independientes.

Volviendo ahora a la cuestión de los condicionantes de la libertad, creo que no es exagerado sospechar que tal vez seamos más autómatas que lo que nos conviene. Con la misma consistencia que el electrodo de Penfield, hay pensamientos y situaciones que desencadenan respuestas irrelevantes e inapropiadas, totalmente desajustadas de la realidad exterior. Hay quien, en medio de una gran fiesta, llora al escuchar cierta canción; o quien se enfurece ante una sonrisa solícita. Hay quien se aterra al ver un gato, al entrar en una tienda, al recibir un apretón de manos. Todos estos son ejemplos llamativos y claramente patológicos. Pero también podemos encontrar reacciones básicamente idénticas, que pasan desapercibidas porque mucha gente las experimenta con la misma regimentada exactitud, y que pueden adquirir categoría de rasgo ideológico. Las bestias y los criminales pueden luchar por comida o por dinero, pero eso es cosa de poco. Las grandes tragedias se organizan –las hemos estado organizando– por asuntos de creencias y convicciones. Es como si, una vez que la mente se aferra a una idea, fuera más fácil morir o matar que renunciar a ella.

Sin buscar ejemplos complicados, tenemos al fumador que, entre ahogos y toses, lo sigue siendo; al alcohólico con su botella y su cirrosis; al hipertenso con su ambición colérica y al cardiópata con sus prisas... Se están matando, lo saben, pero continúan. Como si detener su hábito, cambiar su programa, fuera algo muy difícil de soportar, peor aún que el deterioro progresivo del organismo.

Al principio de la vida, el continuo bombardeo de sensaciones incomprensibles despierta la nece-

sidad de un mundo interior estable y predecible. Pronto se empiezan a formar los primeros esquemas cognitivos representativos del entorno, permitiendo cierta sensación de continuidad y sentido en la experiencia. Inicialmente muy sencillos y flexibles, estos esquemas van haciéndose progresivamente más complejos y por tanto más difíciles de modificar. Durante un tiempo, lo necesario es aprender, incorporar datos sobre el mundo exterior, y estructurar de manera inmediata la realidad. Pero acaba llegando un momento en el que ya no es importante captar nuevos conocimientos, sino lograr una ordenación más coherente de los que poseemos. Esta tarea, que constituye la base de la creatividad, se encuentra ante dos aspectos de resistencia interior. La primera, la resistencia emocional, consiste en el temor a regresar a la angustia e incertidumbre de cuando uno no sabía como son las cosas. La segunda, mucho más difícil de comprender y de vencer, consiste en la oposición puramente estructural que toda organización, incluso la organización mental, presenta ante el cambio. Ciertamente que todos tenemos una inevitable rigidez en nuestros esquemas conceptuales. No podríamos vivir sin ella, sin la sensación de seguridad que aportan nuestras convicciones, nuestras costumbres. Pero cuanto mayor es esta rigidez, menor es nuestra libertad. Hay quien llega a tener todas sus decisiones ya predeterminadas, tomadas en base a un mundo interior que puede no corresponder con las exigencias de la realidad.

Quizá la aportación social más importante que puedan hacer los intelectuales sea la de dar ejemplo de su lucha por alcanzar la libertad de la conciencia, cuestionando esquemas y buscando nuevos aspectos de problemas viejos. Este es también, dicho sea de paso, el verdadero camino para el progreso de la ciencia. □